

LOS POSIBLES DE OTRA REALIDAD

IVAR MATUSEVICH*

entender es traducir

George Steiner

La poesía es, entre un millón de posibilidades, diatribas y difamaciones, un ejercicio de **entendimiento y traducción**. Entender el mundo, primero, no para traducirlo en un lenguaje entendible sino, por el contrario, para hacer del lenguaje una sublimación de lo insoportable, de la carga o sutileza de lo cotidiano, dependiendo de si eres Azorín (*el viejo es un enfermo sano*) o Charles Bukowski (*el amor es una niebla que quema*).

Todo arte poético, todo verso escrito, toda línea busca algo más allá y parte de lo individual, campo en el que permanece para el común de los mortales y se convierte en universal —porque trasciende los tiempos— para los elegidos, para aquellas y aquellos traductores del mundo que, además de alegorizarlo, fueron capaces de crear otra opción vital, **otro mundo posible**.

Estas líneas no son una búsqueda desenfadada de protagonismo, ni un alimento, tan común entre los “incomprendidos” —y mortales juntaletas—, incapaz de saciar el ego de quien escribe. Lejos de eso, si este espacio intenta ser ocupado por versos de propia autoría, se debe, lisa y llanamente, a un ejercicio de sinceridad porque, entre otras, **escribir es una forma de desnudarse y de exponerse**, con matices y enigmas, con cada surco de la piel, con cada momento vivido, con cada lágrima, con cada angustia y, en el caso de quien os habla, de cada pérdida.

*Ivar Matusевич es el autor de *Las telarañas*, *La Muerte*, *La caricia que no tengo* y *Un lugar en el vacío*.

Cuando **Federico García Lorca** decía que la poesía era *la unión de dos palabras que uno nunca supuso que pudieran juntarse, y que forman algo así como un misterio*, nos adentraba en un mundo que transformaba, traducía, subtitulaba y recreaba la realidad, tomándola de las solapas para mudarla de piel.

Perogrullada más, perogrullada menos, la poesía acompaña en momentos y es el resultado de esos mismos momentos, pero su magia -o misterio- nos enriquece tanto que podemos recrearnos en cada verso significándolos en propias y difusas experiencias. Por tanto, humildemente, **la poesía es un espejo de la realidad que la refleja en múltiples formas imaginadas**, destinadas a transformar, a subvertir, la realidad.

Las telarañas

Las telarañas del tiempo que aún conservo
y, me temo, vivirán siempre conmigo
en ese espacio vago y cobarde,
allí, donde ni siquiera los fantasmas
están dispuestos a volver.

Cuando no se tienen las palabras
ausente de sentimiento y arraigo,
irreflexivo y condoliente con uno mismo...
vaya tristeza de fango seco,
de imprudente pertenencia,
irremediable puñal que ya no es nada.

En definitiva, más o menos conocedores de la situación, cohabitamos, de forma irremediable, con nuestros propios impostores y, en cada uno de ellos, sea el amor, la distancia, el desarraigo o la inconformidad crítica, van tomando forma los pasos que nos llevarán al final, pero **la muerte no es sólo el fin de la conciencia**, sino un estado que gotea en múltiples formas que, paradójicamente, trazan las líneas de nuestro estado consciente como individuos, como clase, como minúsculas partículas que se van descomponiendo en el tiempo, en *la mañana en que me vaya más lejos de lo lejos, al Misterio*, como nos retrata **César Vallejo**.

La muerte

He perecido.
He muerto por ahí sin darme cuenta.
No soy más que ceniza
calle y memoria.
Afán de vivir, de creer,
de estrangularme en una celda
conservada por el viento.
De caminar sin vereda ni noche;

rumbo incierto hasta cansarme de perder.
Sé que me he esfumado
como tanta costumbre ajena y tumba.
Los amigos me arrojan flores de domingo impío;
presencia insoportable y contemplada.
Ignoran que mi cráneo está vacío
y mis entrañas elevadas al placer de oportunos recuerdos.

Es triste el cementerio,
pero me acostumbro y ansío:
extraño de las sombras de mis días,
de tus piernas sobre mis pasos.
Quisiera volar hacia la huella perdida
pero estoy muerto y el reino está vacío;
Dios se ha cansado de tantos fracasos,
como yo, que vago en toda frontera
buscándote en los huesos para no sentirme tan lejano.

Pero estoy muerto
y solo vago por la rúa —que nunca será mi tierra—;
aunque algo se sostiene irreductible:
el recuerdo de tu voz, las uñas sobre el azulejo
y saber que al aire nada te aferra, y vendrás
por mí sin caer en el muro blanco del olvido.

He desaparecido
en la garganta de la tierra, sin memoria.
He muerto sin amigos, sin amigos he muerto,
con los párpados caídos y la espalda traicionada.

Uno muere muchas veces y de a poco.
He muerto, por ejemplo,
en un abril sin puertas al pie de una escalera.
He muerto en el salón magno y sombrío,
castillo de cruces y piedras.
He muerto en la calle
mutilado por gente viciada de silencio
en tiempos de grito.
He muerto por teléfono, cuando dejó de sonar grave
en mi condena.
Cuando tarde caminé hacia todo
lo que valía la pena vivir.
Cuando se llora como ahora
extrañando el jazmín de cada tarde.

He muerto en toda ausencia.
 No grité muerte por la espalda,
 ensangrentado y vivo no he caído.
 He muerto por tu foto, por mi perro ciego.
 Estoy muerto sin grito:
 amor mío, la eternidad no existe,
 padre, madre, la eternidad no existe.
 Quisiera creer, pero no puedo.
 Dios; no puedo creer en tus fauces
 junto al hombre, espejo y creador.
 Sólo puedo existir desesperado;
 aquí, tierra, natura, verdad.
 Porque asco le tengo a la muerte
 y a la distancia bandoneón.
 La tierra prometida,
 la luz, el estadio, su madera,
 mis lugares.
 La siesta, el silencio elegido, la mirada pasajera.
 El holocausto, la muerte temprana, toda destrucción.
 Río querido, mar dulce, he muerto en la ceguera.

La poesía es, también, una **cadena de pensamientos racionales —o no— en forma de aforismo**. Es una puerta al vacío y a la belleza, por qué no. Sin embargo, cuando un poeta elige su destino expresivo, a menudo lo hace con una ambición desenfadada por encontrarse a sí mismo en las sombras de la vida, por lo general en lo perdido, como una conclusión cambiante pero latente, de todo lo que no es.

La caricia que no tengo

Estoy en la ciudad, de pobre empeño.
 En la ciudad que soy, respiro y caigo.
 Un cuerpo corrupto, destino cierto
 hacia la tumba reservada sin espacio.
 Alquilo pedazos de muerte, pequeñas dosis
 de escombros, luz y cautiverio.
 Y hablando de castigo, tus ojos negros
 como negros son los ojos que cautivan.
 No escapo del laberinto soñado,
 te invento, ya sé, pero qué bella es
 la caricia que no tengo, ese estampido
 de ausencias que te da la vida.
 Es de guadaña lo que pierdo
 de incesto puro la esperanza.

El mundo se incendia en el frío.
 Danza un viejo, ávido de historias y silencios
 fallidos.
 Sobra la comida, una cama
 espera las piaras del fin
 de la memoria.
 Un plato marrón, una mesa
 de mármol,
 museo del presente.
 —Nada para tan gran desastre—.
 Solo en el tacto
 de una mujer que me ama desde el tren sin ventanas.
 El tiempo pasa en mi felicidad,
 corre, histeria, dónde vas.
 La versión del sentido contraste, actos, estacas
 en la sien de la tierra.
 Nuestra nuca se quema
 sin saber de espalda abrigada.
 Porción decapitada,
 indisoluble mismo estado.

2.

El día posterior de mi vida final,
 rumores vertidos por ser
 mirando sólo yo.
 Pedimos sentido. Pedimos
 compañía. Pedimos prisa,
 pedimos pasado y perdón.
 Pero no, no es memoria
 el resultado.
 Nada, vista total del hombre.
 El licor de la especie, divertidos en sangre.
 La muerte:
 no ser en cada paso que quiero ser sin llanto.
 Soy carne, hierro,
 la recta final del del comienzo
 de nada.

3.

Mis días, mis derrotas, las fuerzas que no tengo
 en éste, mi ajeno enunciado.
 Los ojos cambian,
 valor en el vacío.

De menos a menos, intento
ser fuera, me pesa la espalda,
la muerte.
Una boca injertada
en mi lengua cada hora.
Partícipe del diálogo obligado,
quedarme solo sin remedio,
casi perdido.
Supuestos, lexemas, fragmentos
del todo destructor.
Gritar mi jaula muerta
sangrando en toda tierra, cayendo en las baldosas.
Me he visto tantas veces
que he ignorado sombra nueva.
Construyo con decir el odio,
las velas desmienten mi andar
oscuro, blasfemo, tranquilo.
Yo soy quien soy
en medio de mi nada.
Infinita suerte por humo.
Existo en soledad. Más silencio,
más escucho en miseria.
Tejidos, luces, ramas ciegas
taladas por el orden
desnudo.
Convoco a no creerme, dudando sin supuestos;
habitar los días, mi único
recelo.
Crear modos, borrar mis manos
y no volver a casa descubierto;
alas de mi cripta sin nadie.
Vivo en una tierra lejana,
sin lengua.
Viajo sobre lápidas, sobre muertos sin cruz.

4.

Siempre vuelve el vacío,
en múltiples formas, con ansias
de engaño.
Lo percibo, somos reflejo,
no le soy fiel, trato de existir libre,
polígamo, diverso, errático.

Pero después de los desaires
de la dicha, sólo me queda
una almohada.

Otra vez,
el único abismo sin leyes,
sucio de deseo, sin llanto,
sin traición, sin descuido.

5.

La espalda que necesito en mi caída,
la palabra en medio de la ignorancia.
Café de por medio, susurro, indigencia.
Cabalgo sobre la vida
por la música fugaz
que me verá hasta el fin de mi garganta.
Semanas de hastío, silencio y estar,
amor y camas negras.
Miro en un vidrio mil mundos
cubiertos de espanto.
Recuerdo, me niego a volver,
crujo en mi carne y abunda
un ahora, mañana veré.
El campo, la miseria, los muertos, los anónimos.
El sol brilla sin calor,
sombra compartida entre cenizas.
Terror alimentado, por saber sin nubes,
que hay personas que no merecen respirar
y otras que mueren mereciendo todo el aire.
Yo, en medio de la conjura, vos ausente.
Desdicha por las cinturas que no rozo
más de mil noches.
La muerte en cada esquina,
la muerte del niño que nacerá mañana,
la pobre anciana que ve la vida
pasar por la ventana.
Podría caer como quien cae,
sangrar junto a mi tierra,
morir en cada muerte.
Pero algo aún me queda: el silencio y el sur
y mirarlo sin pena ni codicia;
sólo verlo sabiendo
que todo está por inventar.